

CAPÍTULO SÉPTIMO

EL CONFLICTO EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI

EL CONFLICTO EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI

Por JOSÉ ENRIQUE FOJÓN LAGOA

"Polemos panton men pater esti"
(*El conflicto es el origen de todo*)

Heráclito

*"No podemos anticipar hoy lo que sólo
sabremos mañana"*

Karl Popper

INTRODUCCIÓN

La palabra conflicto se viene empleando, cada vez más, para referirse a situaciones que, hasta ahora, entraban dentro de lo denominado guerra. Este hecho no sólo es debido a las connotaciones jurídicas que restringen el ámbito de este último vocablo, sino a que el conflicto se refiere a una situación más compleja, menos limitada y en la que participan nuevos protagonistas. El concepto de guerra, acotado por la Carta de las Naciones Unidas, se considera, por muchos tratadistas que, en la época presente, es insuficiente para describir una realidad más amplia que, empleando la metáfora, se puede decir que da cobijo a las calamidades representadas por los cuatro jinetes del Apocalipsis. La guerra es una de las modalidades del conflicto. En el contexto del trabajo, cuando se haga referencia al conflicto se entenderá como el conflicto violento.

A lo que se ha venido a denominar prevención de conflictos se dedican esfuerzos e imaginación por parte de personalidades e instituciones de todo el mundo, aunque, las soluciones aportadas se formulan, pre-

ponderantemente, desde un punto de vista occidental. La controversia ya surge al tratar de analizar la realidad susceptible de provocar el conflicto que hay que prevenir. La determinación de su naturaleza y causas, presupuestos necesarios para inferir soluciones, son, en gran medida, consecuencia de las percepciones del analizador que, necesariamente, vendrán condicionadas por sus vivencias, tanto culturales como de otra índole. Por lo tanto, es más que probable que la visión de los distintos aspectos de una determinada situación sea diferente si el enfoque proviene, por citar algunos, de Amnistía Internacional, del Gobierno de un país del África Central, del Banco Mundial o de la Unión Europea. La percepción del conflicto se presenta como una de sus partes.

LA NATURALEZA DEL CONFLICTO

En los últimos siglos, el estado ha sido el actor principal de los asuntos internacionales y, como tal, protagonista de esa forma de relación internacional conocida como guerra. Tradicionalmente, los estados han buscado con su actividad la mayor acumulación de poder y en ello han basado sus mutuas relaciones. En el mundo posterior a la Postguerra Fría, es donde más se ha evidenciado el protagonismo de los nuevos sujetos que han ido apareciendo en la esfera internacional, que son los que ponen en cuestión el protagonismo principal del estado y con ello, entre otros aspectos, su monopolio sobre el ejercicio de la violencia. El perceptible declive de la institución estatal, puesto constantemente de manifiesto por numerosos tratadistas, está provocando un cambio en el enfoque de la génesis, desarrollo y solución de los conflictos, afectando profundamente a las referencias que se venían utilizando en los estudios sobre seguridad.

El estado moderno es una creación política relativamente reciente y resultado del desarrollo de un proceso cultural. De concepción europea, originalmente su extensión fue muy limitada. En el siglo XX, la exportación de las instituciones estatales a territorios “liberados” por la recesión de los imperios, la descolonización, condujo a la creación de lo que algunos tratadistas han denominado “estados accidentales” y otros “estados frustrados”, aquellos que sin base histórica o cultural, sus estructuras, en muchos de ellos, se han desmoronado mediante la aplicación de la violencia interna. En tiempos más recientes, la súbita desaparición del imperio soviético ha sido la causa de la fragmentación de su territorio, con la consiguiente creación de nuevos estados habilitados para llenar el vacío consiguiente.

Es más que probable que la implantación del estado en ambientes culturales donde su actuación no ha sido capaz de ajustarse a las expectativas de los ciudadanos, la falta de capacidad para imponer las leyes, junto con las consecuencias del fenómeno de la globalización, hayan propiciado la creación de entes post-estatales que compiten en poder con los estados y que se personalizan en diversas formas, desde imperios criminales a organizaciones no-gubernamentales de carácter humanitario, empresas multinacionales de amplia implantación o conglomerados mediáticos que determinan la información que debe difundirse. A su vez, en muchos de los casos, el colapso de los estados ha provocado la aparición de entes subnacionales, adoptando, en algunas ocasiones, estructuras que se consideraban históricamente superadas, tales como grupos tribales u otros colectivos de base religiosa o de preferencias culturales, que pretenden trasladar sus causas, desde una perspectiva de política interna, a un nivel de atención internacional, como modo de acción para alcanzar sus fines.

En el marco estratégico ha irrumpido con gran fuerza lo que se conoce por "globalización". Si por ello se entiende el proceso mediante el que cierto hecho o circunstancia se extiende activamente por todo el mundo, estamos ante un acontecimiento que no es nuevo. A lo largo de la historia, el fenómeno se ha venido repitiendo empleando diferentes vehículos para su difusión tales como conquistas militares, comercio, religión, etc. Lo que es novedoso en esta ocasión histórica, es la enorme dinámica con que los avances tecnológicos han dotado al proceso, posibilitando amplias y aceleradas mutaciones en aspectos sociales, culturales, económicos, políticos y militares, en una dimensión hasta hace poco tiempo difícil de imaginar. Este fenómeno está alterando, sustancial e imprevisiblemente, las estructuras tradicionales de ejercicio del poder, ya que han aparecido nuevos elementos que constituyen otras tantas fuentes de poder político, provocado, a su vez, una mutación en los modos y maneras de ejercerlo.

Las consecuencias de la globalización constituyen un buen punto de referencia para el análisis de los elementos que se presentan como relevantes en la presente circunstancia histórica. Socialmente se están imponiendo, en el ámbito internacional, estructuras de contacto en, prácticamente, cada campo de la actividad humana, que junto con la acción de los medios de comunicación diseminan por todo el planeta, sin atenerse a ningún tipo de norma tradicional, elementos de contraste que sirven de puntos de referencia para crear expectativas sociales a la que una gran

parte de los gobiernos no pueden hacer frente, a la vez que determinan modelos de comportamiento que son exponentes de rápidas y profundas alteraciones en los hábitos culturales. Esta pretendida uniformidad cultural y de propósitos, lo que el canadiense Marshall McLuhan una vez denominó "aldea global", se ha convertido en un conglomerado de "aldeas globales" cada una con sus prejuicios pueblerinos, pero conscientes de las desigualdades globales. Una de las consecuencias de ese cúmulo de circunstancias es el constante y progresivo debilitamiento del vínculo que une al ciudadano con el estado.

La mayoría de las pautas de comportamiento así difundidas, y ampliamente imitadas, corresponden a modelos culturales occidentales, por lo tanto, procedentes de ambientes económicamente prósperos. Al tratar de implantar estos estereotipos en zonas menos desarrolladas, y diferentes culturalmente, despiertan o exacerbaban el sentimiento de pobreza y atraso en unas regiones en las que, tradicionalmente, han imperado otros tipos de relaciones sociales. Todo ello provoca dinámicas, hasta ahora desconocidas, que propician situaciones favorables para el conflicto. En uno de los extremos de la reacción a esta "intrusión" se encuentra la sumisión a lo nuevo, el cambio, y en el otro, la reacción airada y xenófoba contra todo lo que provenga de fuera mediante la exacerbación de "lo propio".

En el ámbito económico, en términos de comercio, la globalización produce el mismo efecto de interrelación a escala mundial pero provocando una mayor desigualdad en el reparto de la riqueza. La consecuencia es que un selecto grupo de estados, no sólo acaparan la mayor parte de aquella, sino que, precisamente por eso, también disponen, casi en exclusiva, de las potencialidades para preparar a sus poblaciones para el futuro. Estas circunstancias se desarrollan en un momento de fuerte crecimiento demográfico mundial, principalmente en zonas de lo que antes se denominaba segundo y tercer mundos, lo que agrava el déficit de productos básicos, mientras que, como consecuencia del cambio tecnológico, se produce un exceso en la oferta de mano de obra para la industria. Las desigualdades entre diferentes zonas del planeta se incrementan, a la vez que la integración globalizadora de la economía constituye otro de los factores que coadyuvan a aumentar la pérdida de poder de los estados.

La escasez de recursos y el aumento de la población constituyen unas de las causas principales del conflicto del futuro, tanto entre estados o grupos de otra índole. En este ambiente, bienes tradicionalmente consi-

derados como libres cambiarán su naturaleza, el agua se añadirá al petróleo como recurso económico básico. El incremento de la población, en países o zonas poco desarrolladas, tiene una incidencia directa en el aumento de la urbanización, en la medida que las estructuras agrarias tradicionales se muestran incapaces de absorber el número de habitantes. Al no poder asimilar las ciudades el exceso de demanda laboral, se generan masas desempleadas, propiciando la quiebra de los valores y de las estructuras sociales tradicionales, encubándose el ambiente propicio para la aparición de brotes de violencia incontrolada junto con fuertes aumentos de la presión migratoria.

Entre los efectos más llamativos de la globalización está el incremento del poder que ha adquirido el dinero. Debido a la gran atención que los medios de comunicación dedican a las finanzas, la percepción pública es que el poder del dinero ha llegado a ser más real que el militar o el diplomático pero que, a diferencia de estos, su control escapa, en gran medida, a los gobiernos. Tanto estos, como las instituciones monetarias todavía disponen de parcelas de poder para ejercer influencia en las finanzas internacionales, pero, en la mayoría de los casos, son personas, o empresas privadas, quienes toman las decisiones últimas en un mercado ampliamente globalizado, ejerciendo el verdadero poder que proporciona el dinero.

Otro de los cambios menos difundidos entre la opinión pública, pero de enorme importancia por sus consecuencias, reside en lo que Van Creveld (1) ha denominado la transformación de la guerra. Entre los estudiosos del tema se extiende la opinión de que, a pesar de, o precisamente por los enormes avances tecnológicos, las guerras generalizadas, de las dimensiones conocidas en la primera mitad del siglo XX, no va a volver a producirse. La existencia de una única superpotencia parece que favorece la pujanza de nuevos ámbitos de ejercicio de la violencia, en muchos casos intra o transnacionales, por lo tanto sin enfrentamiento entre estados, constituyendo una muestra más de la progresiva pérdida del monopolio de la violencia por parte de estos. El auge de las modalidades de acción violenta enmarcadas en el ámbito del denominado conflicto de baja intensidad se identifica como uno de los elementos determinantes de la "transformación". En este escenario es donde se va haciendo cada vez menos clara la distinción entre el soldado y el combatiente y donde la

(1) VAN CREVELD, MARTIN: *"The Transformation of War"*. (The Free Press NY 1991).

población civil se va convirtiendo en el objeto directo de la violencia. Todo ello, argumentan varios tratadistas, quiebra la tríada fundamental clausewitziana entre gobierno, milicia y población, base del protagonismo estatal que, hasta ahora y, durante más de dos siglos ha presidido el ejercicio de la guerra en términos considerados como “civilizados”. Por todo ello, Lind (2) y otros analistas preconizan que estamos entrando en la “cuarta generación de la guerra”.

De todo lo anterior, con fines expositivos y desde una concepción práctica, podría representarse la actual estructura del poder como un conjunto de capas, en una de ellas, la correspondiente al poder militar estaría polarizada por una sola potencia que es la que tiene la capacidad de poner en práctica estrategias de dimensión global: los Estados Unidos. Este país junto con Europa y Japón ocuparía otro segmento multipolar de naturaleza económica, acaparando los dos tercios de la producción y comercio mundiales. El tercer segmento de poder vendría a representar lo transnacional, lo “sin fronteras”, donde el protagonismo de los estados es más difuso, es el reino de la convivencia de lo lícito con lo ilícito, lo virtuoso con lo perverso, el pacifismo con el genocidio. No obstante, entre los elementos de la estructura de poder se introducen nuevos y sutiles elementos que sólo podrán valorarse desde una perspectiva idealista.

Para el análisis de una situación que se nos ha venido encima muy rápidamente se necesitan con urgencia referencias válidas. Los años que han transcurrido desde la ruptura del orden imperante durante la Guerra Fría, que en términos históricos es muy poco tiempo, parecen que no han sido suficientes para borrar el aturdimiento provocado por la llegada del “nuevo orden mundial”. El cambio de una situación de confrontación de ideologías, en forma de bloques militares y sistemas económicos, a otra basada en una relación entre culturas o entre estereotipos de comportamiento, en un mundo de globalización de la economía y la comunicación, junto con el cambio de los elementos del poder político, agentes y forma de ejercerlo, son consideraciones que pueden acotar el espacio que proporcione pistas sobre los factores que deben ser objeto de estudio para encontrar un soporte donde anclar las concepciones de seguridad.

Si la revolución de la información, que está en pleno desarrollo, va a provocar consecuencias de dimensiones parecidas a lo que, en siglos

(2) S. LIND, WILLIAM; F. SCHMITT, JOHN y I. WILSON, GARY. “*The Changing Face of War. Into the Fourth Generation*”. (Marine Corps Gazette. Octubre 1989).

precedentes, supusieron las revoluciones francesa e industrial, sólo el tiempo lo dirá. En cualquier caso, no se debe perder de referencia que el desarrollo del futuro vendrá determinado por lo impredecible e incontrolable de la actividad humana, al ser el hombre el principal actor de la historia, esclavo del destino y juguete del azar. Las relaciones humanas seguirán presididas por la incertidumbre y no habrá que abandonar las lecciones de la historia como referencias para el futuro.

COMO SE HA ENFOCADO HASTA AHORA EL CONFLICTO. EL IMPERIO DEL REALISMO CLÁSICO

La identificación del estado como el actor preeminente del orden internacional ha simplificado mucho las cosas a la hora de estudiar los asuntos relacionados con la seguridad y, por lo tanto, con el conflicto. Esto llevó a la adopción de una metodología, acuñada por Robert Keohane (3) como "Realismo Clásico", que asumía la racionalidad de la conducta de los estados en la búsqueda del poder, lo que se traducía en acciones previsibles y, para ello, los medios que empleaban eran, principalmente, la diplomacia y la capacidad militar. El paradigma del "interés nacional", como aquel concebido en términos geopolíticos, cuya defensa debía determinar las relaciones con los otros estados, era la panacea considerada como referencia fundamental de la política exterior, porque la protección del interés constituía el camino para la obtención y mantenimiento del poder y actuaba de factor de cohesión entre los ciudadanos y el estado. Se actuaba con certeza sobre las bases del juego: los agentes, la estructura del poder y la forma de ejercerlo.

Debido a la necesidad de maximizar el pragmatismo para evitar errores que desencadenasen un holocausto nuclear, el ambiente estratégico posterior a la Segunda Guerra Mundial restringió cualquier veleidad idealista, dejando poco margen a la creación y potenciación de estímulos de índole ética, intelectual o cultural, que pudiesen alterar el "statu quo". De esta forma, las teorías de seguridad se revistieron con los atributos de una disciplina científica, con la consiguiente formulación teórica y capacidad de predicción. Pero el imperio de la disuasión no anulaba todas las dinámicas que propiciaban el mero paso del tiempo, los avances científicos y los propios acontecimientos.

(3) KEOHANE, ROBERT. *"Neo-realism and its critics"* (New York, Columbia University Press 1986).

La culminación de la descolonización, no trajo como consecuencia un mejor reparto mundial de la riqueza, emergiendo, de esta manera, un nuevo factor de ámbito global que podía ser, y fue, objeto de la confrontación ideológica que sustentaba la bipolaridad. Para el socialismo, el estancamiento económico del Tercer Mundo, el "subdesarrollo", era la consecuencia directa del auge del capitalismo. Se empezaba a conformar una situación que irrumpía en la pugna entre el este y el oeste desencadenando otra entre pobres y ricos. El informe Brandt, de 1983, asumía la seguridad económica como un componente de la seguridad mundial, proponiendo medidas tendentes a la redistribución global de la riqueza. El enfoque económico ha servido de fundamento para el enunciado de lo que se conoce como "violencia estructural", término acuñado por Michel Ullman (4), que ha pasado a ser considerada como una de las causas del conflicto y, por lo tanto, una variable a tener en cuenta en cualquier concepción de la seguridad.

A medida que el equilibrio de poder entre los bloques de la Guerra Fría dejó de ser la principal característica de la estrategia, aparecieron otros tipos de elementos, menos mensurables y concretos que, progresivamente, fueron tornando insuficiente el andamiaje del "realismo" como estructura para el análisis de una realidad mucho más compleja y dinámica. El impacto de estos elementos en el ámbito estratégico fue considerable y sus consecuencias poco controlables. Parte del vacío así creado, iba a llenarse, una vez más, con componentes de índole económica.

Una de las opciones que tomó fuerza, y que se venía desarrollando desde la crisis del petróleo de principio de los años setenta, era la consideración de la escasez, y la consiguiente protección de los recursos naturales esenciales para el desarrollo humano, como un factor de seguridad. Cuando se intentó introducir en el "paquete" otros aspectos tales como la conservación de las selvas tropicales, los fondos marinos y las especies en extinción, surgió la controversia entre estudiosos y tratadistas, sobre si las consideraciones medioambientales debían considerarse, o excluirse, del ámbito de la seguridad. Pero el asunto entró a formar parte del juego político y tomó fuerza. Se estaba potenciando la circunstancia que nutrió la causa medioambiental o ecologista, que, dada su naturaleza, se convirtió en un movimiento que no conocía fronteras.

(4) ULLMAN, RICHARD. "Redefining Security". (International Security, 1983).

La introducción del reparto global de la riqueza y de las consideraciones medioambientales en las concepciones de seguridad, también ha contribuido a degradar la hegemonía estatal en este ámbito. Por primera vez en estos postulados se preconizaban elementos para configurar una estrategia en donde no necesariamente tenía que existir “enemigo”, pues la violencia estructural y las presiones ecologistas sólo anuncian riesgos sin identificar agentes. En todo caso el “enemigo” sería una determinada forma de comportamiento, como el capitalismo o el desarrollismo salvaje. Todas estas circunstancias no acababan de invalidar, totalmente, la vigencia del Realismo Clásico, aunque las influencias que sobre el concepto de seguridad han tenido el reparto global de la riqueza, la protección del medio ambiente o los derechos del “ciudadano del mundo”, estaban preparando el terreno para un profundo cambio.

La simbiosis, en un estado-imperio, entre un gigante militar y un enano en lo económico, como fue definida la Unión Soviética, fue uno de los gérmenes que provocaron su desaparición y, al mismo tiempo, determinó el languidecimiento de la construcción intelectual de la teoría de la disuasión, donde el Realismo Clásico se encontraba comfortablemente instalado. La teoría fue incapaz de predecir un cambio de la magnitud de la fulminante desaparición de un imperio. Las causas que provocaron el cataclismo son profundas pero las fuerzas que lo derribaron son más conocidas. La distensión militar creó el espacio necesario para la acción de los idealismos y el empleo de unos estandartes hasta entonces considerados políticamente casi inocuos, como eran las protestas medioambientales o sindicales que abrieron la puerta a las “revoluciones de terciopelo”, catalizando el proceso de cambio para un régimen insostenible.

Han sido los hechos, no el debate entre estudiosos y tratadistas, ni la aparición de una nueva teoría, lo que ha provocado el “descrédito” del Realismo Clásico. El fallo de predicción sobre el fin de la bipolaridad hay que buscarlo en los fundamentos de una teoría que se mostró incapaz de actuar en un progresivo vacío de rasgos mensurables que iba llenándose con elementos tradicionalmente despreciados por el realismo: los históricos y culturales. Se había actuado rechazando la tradición clásica del pensamiento político fundamentada en la filosofía, la historia de los acontecimientos y de las ideas desde Aristóteles a Maquiavelo, desde Marx a Aron. La adopción de un conductismo a ultranza y la introducción de modelos matemáticos culminó en la racionalización de la estrategia y la política que no era otra cosa que el reflejo de una época presidida por la

soberbia científica en detrimento de lo humanístico. En este punto se hacía necesario la gestión de la incertidumbre con creatividad.

LA BÚSQUEDA DE REFERENCIAS

El vacío conceptual sobre seguridad que siguió al fin de la confrontación bipolar era consecuencia tanto de la sorpresa, producto de un fallo de predicción, como de la carencia de referencias intelectuales útiles, y sólidas. El vacío estratégico era producto de la ausencia de confrontación. Sin antagonistas no hay estrategia.

La reacción más notoria a esta situación vino del mundo académico americano mediante un intento de construcción de un nuevo realismo que diese una explicación a lo que, hasta ese momento, no tenía respuesta. Francis Fukuyama (5), aprovechando el desprestigio provocado por el fracaso del marxismo, intentó liquidar drásticamente el problema proclamando el triunfo del capitalismo y declarando al sistema democrático occidental liberal como la definitiva forma de gobierno para la humanidad, se había llegado al fin de la historia. Pero una avalancha de graves hechos, en forma de genocidio, guerra, hambrunas, etc., se encargaron de proporcionar munición a los detractores de la teoría del “último hombre”.

Las críticas no tardaron en llegar y el autor se defendía asegurando que “lo que yo sugería que había llegado a su fin no era la sucesión de acontecimientos, incluso de grandes y graves acontecimientos, sino la “historia”, es decir, la historia entendida como un proceso único, evolutivo, coherente”. Declara que ha tomado este pensamiento “prestado” a Hegel y Marx que creían que la evolución de la sociedad tenía un fin, al alcanzar una forma de convivencia que colmase sus anhelos más profundos.

Fukuyama se recrea en el cientificismo al afirmar que “la lógica de la ciencia natural moderna parece dictar una evolución universal en dirección al capitalismo”. La democracia liberal sería el sistema para la época postindustrial, teniendo la información y la innovación como sus características esenciales, y el único sistema capaz de evitar los conflictos armados al proporcionar el marco idóneo para la realización personal del ser

(5) FUKUYAMA, FRANCIS. *“The end of History and the last man”*. (The Free Press NY 1992).

humano. En pocas palabras, Fukuyama cree que el mejor antídoto para prevenir los conflictos es la implantación universal de los principios de la democracia liberal.

Quizás uno de las descalificaciones más radicales de la teoría de Fukuyama provenga de Robert D. Kaplan (6) cuando, desde un análisis descarnadamente realista de la realidad social del planeta, acuciado por problemas demográficos y medioambientales, afirma que “Estamos entrando en un mundo dividido en dos. Parte del globo está habitada por el “Ultimo Hombre” de Hegel y Fukuyama, bien alimentado y mimado por la tecnología. La otra parte, la mayor, está habitada por el “Primer Hombre” de Hobbes condenado a una vida “pobre, asquerosa, brutal y corta”.

Desde otro punto de vista se iba a intentar configurar el mundo mediante el cambio de los protagonistas de la confrontación, se entraba en el tan difundido “choque de civilizaciones” de Huntington (7). El profesor de Harvard reacciona contra lo que considera insuficiencia conceptual de lo que él define como los cuatro grandes paradigmas que, al término de la Guerra Fría, se divulgaron para intentar explicar la situación mundial. En aras de un nuevo racionalismo emprende la búsqueda de un modelo paracientífico capaz de: permitir el ordenamiento de la realidad y la formulación de generalizaciones sobre ella, comprender las relaciones causales entre fenómenos, prever y predecir los acontecimientos, distinguir lo importante de los accesorio e indicar la línea de acción para llegar al objetivo.

La visión de un mundo armónico, basado en elementos comunes de convivencia, es el primero de los cuatro paradigmas más difundidos para explicar el “nuevo orden mundial” y que Huntington lo considera insuficiente por estar demasiado alejados de la realidad. Las teorías como la expuesta por Fukuyama las considera, pura y simplemente, una alucinación. “El momento de euforia al final de la Guerra Fría produjo un espejismo de armonía que pronto se reveló como justamente eso, un espejismo”, percepción que con anterioridad, ya se había dado al final de la Primera y Segunda Guerras Mundiales. El antídoto de la euforia lo señala gráficamente poniendo de manifiesto que en los cinco años siguientes al fin de la Unión Soviética, la palabra genocidio se oyó más veces que “en cinco años cualquiera de la Guerra Fría”.

(6) KAPLAN, ROBERT D. “*The Coming Anarchy*” (The Atlantic Monthly. Febrero 1994).

(7) HUNTINGTON, SAMUEL P. “*The Clash of Civilizations*”. (Foreign Affairs. Summer 1993).

El segundo de los paradigmas lo denomina “dos mundos: nosotros y ellos”. Huntington recuerda que, al igual que al final de los grandes conflictos se tiende a la contemplación de un mundo único, “la tendencia a pensar partiendo de la existencia de dos mundos es recurrente a lo largo de la historia humana”. Los binomios más utilizados han sido: Oriente y Occidente, ricos y pobres (norte y sur) y la más reciente de “zonas de paz” y “zonas de desorden”. En este sentido, pone de manifiesto que la referencia a Oriente, no quiere decir que se haga sobre algo homogéneo, sino a un conglomerado heterogéneo. Considera que el mundo del presente es lo suficientemente complicado como para pretender explicarlo mediante una división en dos partes. La proposición es descalificada por simplista.

“148 Estados, más o menos”. Con este titular se enuncia el tercer paradigma, donde se plasma la visión del Realismo Clásico y la constante búsqueda de poder por parte de los estados. Huntington identifica limitaciones de la teoría, afirmando que los estados definen sus intereses basándose en consideraciones que no son exclusivamente la búsqueda del poder. El enfoque ante las amenazas y la percepción del mundo desde la óptica cultural, son factores que también conforman la definición de los intereses nacionales. Admite que los estados seguirán siendo “los actores básicos de los asuntos mundiales”, pero sufrirán una progresiva pérdida de soberanía en beneficio de instituciones internacionales. En este punto, el autor del “Choque de Civilizaciones” admite el “final gradual del estado de perfiles netos”, tal como es reconocido desde el tratado de Westfalia, y predice el nacimiento de un orden internacional, bastante semejante al medieval, donde la complejidad vendrá determinada por la interacción de múltiples y diferentes protagonistas. En forma de queja plasma su visión del deterioro del concepto del interés nacional desde el punto de vista estadounidense al afirmar que “sin un firme sentido de identidad nacional, los americanos han llegado a ser incapaces de definir sus intereses nacionales y, como consecuencia, son los intereses comerciales subnacionales y los intereses étnicos no nacionales y transnacionales los que dominan la política internacional”.

El cuarto de los paradigmas lo denomina “puro caos”. Se preconiza que la anarquía internacional es consecuencia directa del progresivo debilitamiento del poder de los estados y de la proliferación de los denominados “estados frustados” (failing states). En este ámbito aparecen una larga lista de problemas como: la quiebra de la autoridad gubernamental, los conflictos tribales o étnicos, las mafias internacionales, los refugiados, las

migraciones, el terrorismo... Se admite que la proposición contiene una buena descripción de lo que acontece en la realidad, pero que sus limitaciones provienen de su extremado pragmatismo, aún mayor que el del realismo de los estados. El modelo es tachado de insuficiente por no aportar un marco que permita ordenar la realidad y efectuar predicciones válidas.

Para paliar la insuficiencia de cada uno de los cuatro paradigmas Huntington propone un marco mensurable, desde una perspectiva global que incluya a siete u ocho civilizaciones para, de esta manera, poder interpretar los acontecimientos mundiales. Partiendo de la definición de civilización como "el agrupamiento cultural humano más elevado y el más amplio nivel de identidad cultural que tienen las personas, si dejamos aparte lo que distingue a los humanos de las otras especies", establece cuatro conceptos básicos que son, en realidad una adaptación de cada uno de los paradigmas. En primer lugar establece que en el mundo existen dinámicas que generan fuerzas opuestas de "afirmación cultural y conciencia civilizadora". La segunda característica recoge la división del mundo en dos grandes partes, una estaría ocupada por Occidente, la civilización dominante hasta ahora, y la otra por todas las demás civilizaciones. Como tercer aspecto admite que los estados seguirán siendo los principales actores en el orden internacional, pero "sus intereses, asociaciones, y conflictos están cada vez más configurados por factores culturales y civilizados". En el cuarto y último rasgo se pone de manifiesto el actual carácter anárquico del mundo, fruto de lo cual son los conflictos civiles y étnicos que caracterizan la situación actual, pero la mayor amenaza a la paz provendrá de un conflicto bélico entre estados, o grupo de ellos, procedentes de civilizaciones diferentes. Esta situación es el escalón final de la evolución del conflicto en este siglo que empezó siendo algo entre estados, para más tarde convertirse en una pugna ideológica y acabar en un antagonismo entre culturas. Resumen su proposición en que "la próxima guerra mundial, si la hay, será una guerra entre civilizaciones".

Las tesis de Huntington, aunque aparentemente más exitosa que la del "último hombre", ha recibido descalificaciones muy serias. Una de los argumentos más contundentes contra la tesis del "choque de civilizaciones" es que, según Owen Harris, trataría de "trasladar a civilizaciones y culturas desde la periferia de la política internacional hasta el mismísimo centro del escenario histórico mundial", suplantando a sujetos políticos concretos, como estados, instituciones e individuos, por entidades culturales, no imputables políticamente. De esta manera impone un fatalismo

histórico, ya que una guerra entre civilizaciones no tendría fin, no existiría posibilidad de acuerdo y sólo se solucionaría con la aniquilación de uno de los bandos en conflicto. Entrando en el terreno de las motivaciones, se le reprocha a Huntington que haya tratado de extrapolar a escala global “el choque de civilizaciones en los Estados Unidos” que, según su percepción, supone para este país el fenómeno del “multiculturalismo”, también denominado lo “políticamente correcto”, que se ha puesto de manifiesto principalmente en las universidades americanas y que se percibe en muchos sectores como un elemento que puede llegar a erosionar la identidad nacional norteamericana mediante la potenciación del sentimiento de pertenencia a otras entidades como grupos étnicos, sexo, clase, etc.

Pasando por encima de cualquier colisión entre civilizaciones, conflictos entre estados y demás “desgracias históricas”, una potente corriente de pensamiento y acción, la que preconiza una sociedad global, trata de implantar su “corrección política” y para ello emplea robustos postulados de un idealismo práctico como elementos del poder político, difundiendo los mediante la utilización de estereotipos. En la parte final del siglo XX, uno de los factores que más influencia ha tenido, y sigue teniendo, en la configuración de los estudios de seguridad y en el tratamiento del conflicto, es el desarrollo del concepto de los “derechos humanos”. La visión de una sociedad global, sustentada en el armazón ético constituido por esos derechos, es una tendencia pujante. El jurista y filósofo Philip Allot asegura que una de las condiciones previas para alcanzar seguridad, o ausencia de conflictos, es conseguir en la humanidad, un sentimiento generalizado de pertenencia a la sociedad global, con lo que se construyan los cimientos para la justificación del concepto de “ciudadano del mundo”. Defiende este autor la tesis de que la carencia de ese sentimiento es lo que genera en la sociedad internacional “hipertrofias” que, para llenar el vacío espiritual consiguiente, provocan, por parte de sus miembros, emisiones incontroladas de energía salvaje, lo que se traduce en acontecimientos tales como guerras, alianzas, imperios económicos, etc.

En esta misma línea, otros tratadistas argumentan que la anarquía internacional sólo puede controlarse mediante la continua búsqueda de normas de carácter general, o lo que es lo mismo, la globalización del derecho. En palabras de Keane (9), la finalidad sería la creación de “esferas públicas de

(8) ALLOT, PHILIP. “*Eunomia: new order for a new world*”. Oxford University Press 1990.

(9) Keane, John. “*Reflections on violence*” (Cambridge: Polity Press. 1990).

controversia” donde el ejercicio despótico del poder sea controlado por los ciudadanos de forma no violenta, a la vez que, por este procedimiento, se descalifica al autoritarismo tanto como norma de comportamiento o como fundamento de cualquier teoría. Desde esta postura se promueve el cambio de la configuración actual de la sociedad internacional, preconizando que sea el individuo quien ocupe su centro y no los estados e identificando al nacionalismo como una patología de la sociedad global. Este enfoque deja sin contenidos las concepciones tradicionales de la seguridad y se sustenta en un vacío al que la misma teoría novedosa priva de contenido al no proponer sustituto para el estado, pero que resulta altamente atractiva para las mentes que, preponderantemente, desde ambientes confortables, laboran en pos de un ideal universal de paz.

Todo lo anterior nos indica que se va imponiendo, en los estudios de seguridad y de los conflictos, una progresiva incorporación de los aspectos históricos y culturales, así como otros de índole idealista, que rompen la hegemonía de la abstracción, la sistematización y la predicción positivista. La falta de una robusta base intelectual para la estructuración teórica de la época presente es lo que ha potenciado la utilización de estereotipos como pauta de comportamiento político y estratégico que, además, constituyen un buen instrumento de acción para los, hasta ahora, considerados como débiles. La actual capacidad de difusión de la información potencia el impacto de estos estereotipos debido al poder de sugestión que la mayoría poseen, convirtiéndolos en un instrumento para ejercicio del poder. Baste como ejemplo de su impacto, la superior aceptación de los estudios sobre la paz sobre la guerra, cuando ambos tratan la misma realidad. El reto queda planteado en si los estudios sobre seguridad deben enfocarse sobre una base realista o idealista.

Parecen que no son muy optimistas las perspectivas de los que preconizaban el tratamiento de los temas de política y de seguridad desde una metodología estrictamente científica pues, si desde esta opción no se ha sido capaz de predecir un fenómeno de tal envergadura como la desaparición de la bipolaridad estratégica, la necesidad de cambio en el enfoque parece evidente. Las dinámicas del mundo de hoy han acelerado la necesidad de contar con una nueva base intelectual para el análisis de los conflictos y para la búsqueda de un armazón con la suficiente solidez intelectual que permita su estudio y la concepción de soluciones válidas. La contumacia de los hechos parece confirmar que aún no hemos alcanzado, como anunció Fukuyama, el fin de la historia, más bien, como asegura Van Creveld, estamos asistiendo a un punto de inflexión en su devenir.

UNA TEORÍA PARA LA PREVENCIÓN DE CONFLICTOS VIOLENTOS

Como ejemplo de modelo integral para la prevención de conflictos, se puede tomar el programa patrocinado, en 1997, por la Comisión Carnegie (10). Es importante el análisis de este documento porque presenta una visión de la realidad mundial, unas pautas de actuación y unos modos de solución, muy correctos desde el punto de vista político que, como es fácil de colegir, no han sido ajenos a las soluciones que se han pretendido alcanzar en algunos de los conflictos más llamativos que han tenido lugar recientemente.

Estamos ante una solución patrocinada por una institución privada, cuyos componentes son en su gran mayoría americanos, con vocación de que sus postulados sirvan de guía, no sólo a líderes y gobiernos, sino también a todos aquellos actores que considera relevantes en la esfera internacional: "países democráticos, las Naciones Unidas, las organizaciones regionales, la comunidad de los negocios, la comunidad científica mundial, las instituciones educacionales y religiosas, los medios de comunicación y las organizaciones no gubernamentales (ONG,s)". Se asegura que la constitución de un sistema internacional de prevención de los conflictos sólo será posible si se cuenta con la participación activa de todos esos elementos y que la finalidad de ese sistema es la implantación de "una manera de pensar que llegue a ser generalizada en muchas instituciones y en la conciencia pública".

Desde un punto de vista doctrinal estamos ante una proposición que enfoca la realidad bajo el prisma de la sociedad global de Ullman, con unos retazos de pragmatismo impuestos por los hechos. La pluralidad de agentes con poder político y la existencia de una sociedad sin fronteras que comparte valores comunes, son los fundamentos en los que basa sus postulados. Aunque se admiten incertidumbres en la acción, se actúa con seguridad epistemológica, se pisa el terreno del idealismo práctico preconizando una nueva cultura universal donde el hombre sea el epicentro pero, a su vez, constantemente se recurre al estado como unidad básica donde se deben crear las condiciones para que el conflicto no llegue a producirse, pero admitiendo que puede ejercitarse la "acción de injerencia" si estas condiciones no llegan a ponerse en práctica. Todo ello asumiendo, aunque no se pone de manifiesto, que el segmento de sociedad internacional que lidera el proceso, que coincide con lo más próspero de

(10) COMISIÓN CARNEGIE. "La prevención de conflictos violentos. Resumen Ejecutivo del Informe final Diciembre de 1997". (Carnegie Corporation of New York).

lo que conocemos como mundo occidental, va a disfrutar de esa privilegiada posición indefinidamente y que en su seno no se van a producir convulsiones, ni de tipo político ni económico, pues los valores que la sustentan, y que supuestamente son la causa de su primacía, son los correctos y, por lo tanto, deberán prevalecer a escala global. Se actúa como si se conociese el camino para llegar al fin de la historia.

El diagnóstico de la Comisión se resume en que los conflictos violentos no son sólo consecuencia de la conducta de los estados sino que, en el mundo posterior a la Guerra Fría, los conflictos dentro de los estados son más numerosos que los interestatales. Parece que se da por sentado que el estado es la causa primaria del problema, ¿habrá que superarlos? Basándose en ello se establece que los conflictos no son inevitables, que la necesidad de prevención es cada vez más apremiante y que es posible impedir los conflictos en curso. Según la Comisión, al estado hay que añadir un nuevo agente patógeno para la conflictividad “la combinación fatal de una tensión social severa y un liderazgo distintivamente fanático y rencoroso”. Como no podía ser de otra forma, se niega a Huntington, no se admite la confrontación inevitable de civilizaciones, pues su determinismo negaría los fundamentos de la sociedad global. Siguiendo el dictum de Clausewitz, se admite que la guerra y la violencia son el resultado de decisiones políticas y que, para evitar tales desgracias, la solución es actuar sobre la manera de tomar las decisiones políticas, de tal modo, que se anule la fuente provocadora de la violencia.

La Comisión identifica tres objetivos generales para la acción preventiva que, por su aparente ingenuidad, pertenecen al reino de lo obvio: evitar la aparición del conflicto, controlar la extensión de los existentes e impedir que reaparezca la violencia en los que lleguen a controlarse. El primero toma la forma de una serie de medidas profilácticas, entre las que se incluirán la existencia de estados con gobiernos representativos donde se imponga el imperio de la ley, oportunidades económicas para todos, seguridad social generalizada, protección de derechos humanos y sociedades civiles robustas. Estos estados se vincularían entre sí para crear un “entorno de apoyo”.

Las barreras para evitar que los conflictos existentes se extiendan se formarán con instrumentos políticos, económicos y, como último recurso, militares. Se impedirán los suministros de armas a los contendientes, a la vez que se llevarán a cabo extensivas acciones humanitarias. Una vez controlado el conflicto, se propicia la creación de un “entorno de seguri-

dad y protección” apoyado en el despliegue de fuerzas de seguridad y la progresiva implantación de instituciones políticas y administrativas.

Se enuncian como principios en los que deben basarse las estrategias preventivas: la reacción temprana a los indicios de problemas, el enfoque equilibrado y amplio para aliviar las presiones que desencadena el conflicto violento y, por último, un esfuerzo prolongado para resolver las causas primarias más importantes de violencia. Desde un punto de vista teórico, la proposición es inatacable, pero las dificultades de orden práctico podrían empezar al buscar la respuesta adecuada a la pregunta de quien es el agente encargado de articular en la práctica las medidas.

Pasando de los principios a las acciones, se diseñan dos amplias estrategias, una para la Prevención Estructural y otra para la denominada Operacional. La estrategia para abordar las causas de los conflictos violentos, la Prevención Estructural, se fundamenta en tres necesidades básicas que se considera deben satisfacerse en la sociedad para evitar que se genere el conflicto: la seguridad, el bienestar y la justicia.

Mediante la seguridad se pretende crear las condiciones básicas de prosperidad. El informe de la Comisión identifica tres “fuentes básicas de inseguridad”: la amenaza de las armas de destrucción masiva, la posibilidad de un conflicto militar convencional y otras fuentes de “violencia interna” como el terrorismo, el crimen organizado, la insurrección y los regímenes represivos.

El enfoque para el control de las armas de destrucción masiva no es muy diferente de los esfuerzos que se vienen realizando para restringir su producción, despliegue, pruebas y proliferación. En cuanto a las armas convencionales se reconoce que son el instrumento con que se libran los actuales conflictos, a la vez que se admite la dificultad de alcanzar un acuerdo para su control y, por lo tanto, los esfuerzos deben orientarse hacia la restricción del comercio de este tipo de armas, a la vez que, a modo de denuncia, se identifican a los cinco miembros del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas más Alemania, como los países que acaparan el 90% del mercado mundial de armamentos. La desaparición de los bloques y la reducción generalizada de fuerzas convencionales es celebrada como una forma de disminuir el riesgo de enfrentamiento entre estados. Dado que esta reducción ha tenido lugar en el entorno de los países democráticos, no parece que, por coherencia con el fondo del informe, este aspecto suponga un avance sustancial para la seguridad global que se preconiza.

Más controvertido puede resultar el enunciado y contenido de la tercera fuente primaria de inseguridad; la violencia interna. Por interna debe entenderse que su desarrollo se efectúa dentro del estado, pero tanto el terrorismo, como el crimen organizado o las insurrecciones son fenómenos que, cada vez más, acrecientan su carácter transnacional. Por lo tanto, las soluciones que la Comisión propugna, desde dentro de los estados, basadas en leyes justas, métodos policiales transparentes, sistema judicial imparcial y un sistema penal justo y “prudente”, no dejan de ser, cuanto menos, imprecisas. No obstante, el documento admite la dificultad de poner en práctica estas medidas y da por sentado que sólo es posible su consecución mediante la puesta en práctica de procesos democráticos. Entre los agentes que se identifican como colaboradores en el mantenimiento de la seguridad interna de los estados se encuentran “los grupos del sector privado que operan a escala internacional”. La reiterada referencia al sector privado en diferentes partes del documento no deja de ser significativa.

La Comisión entiende por bienestar no sólo la satisfacción de las necesidades vitales, sino la creación de las condiciones que permitan el aumento del nivel de vida y la redistribución de la riqueza, identificando este último aspecto como un instrumento para evitar conflictos. La mejora del bienestar se debe enfocar desde un punto de vista multifacético que incluya la movilización y el desarrollo de las capacidades humanas, la ampliación y diversificación de la base económica, la eliminación de barreras que impidan la igualdad de oportunidades y la apertura para que los países participen en la economía mundial”. Todo un diagnóstico para desactivar la “violencia estructural” de Ullman.

La justicia, la tercera de las necesidades básicas de la prevención estructural, es predicada tanto en el nivel estatal como en el internacional. En este último ámbito se incluyen los derechos humanos, la legislación humanitaria y alternativas no violentas para la resolución de controversias. En el ámbito interno se promueven los valores democráticos y el establecimiento de instituciones representativas. Se preconiza la puesta en práctica de mecanismos de reconciliación para una vez que haya desaparecido el régimen totalitario o a la finalización de un conflicto civil, estableciendo tres mecanismos para enjuiciar a los culpables de conductas delictivas durante la situación anterior: el empleo “agresivo y visible” del sistema judicial existente, la constitución de una comisión especial para “la verdad y la reconciliación” y la actuación de los tribunales internacionales. De estas medidas hay que destacar dos de ellas, una la natu-

raleza de la comisión especial y la obligatoriedad de sus conclusiones y la otra la extensión de la jurisdicción de los tribunales internacionales, a aquellos países que no hayan ratificado sus postulados.

El Informe denomina Prevención Operacional a la que hay que poner en práctica cuando se está ante la inminencia de una crisis. La inminencia viene determinada por una serie de indicios tales como “el abuso generalizado de los derechos humanos, una opresión política cada vez más brutal, la incitación (¿) por parte de los medios de comunicación, la acumulación de armas y, a veces, una ola de matanzas organizadas”. A grandes rasgos, la estrategia propuesta se basa en “el derecho de injerencia” mediante la intervención temprana con cuatro elementos que coadyuvarán al éxito. El primero, es contar con un liderazgo eficaz que puede ser ejercido por un estado, institución o persona “idóneos” para que sirva como “punto focal” en la acumulación y aplicación de la ayuda internacional.

Como segundo elemento se establece la articulación de una “respuesta político militar global”, admitiendo que “las respuestas preventivas deben procurar, no sólo reducir el potencial para la violencia, sino que deben crearse, además, las condiciones básicas para propiciar la moderación y hacer posible un control político responsable”. Esta elaborada descripción, junto con el enunciado de la posibilidad del empleo de “medios asertivos”, es la forma de reconocer la posibilidad del empleo de la fuerza militar, en aquellas ocasiones que fuese necesario.

La necesidad de recursos económicos y en “especie” es el elemento de esta estrategia que permite la actuación de las organizaciones no gubernamentales y del sector privado, enfatizando que “los servicios y recursos” de estos protagonistas son “vitales para el esfuerzo general y deben ser integrados sistemáticamente”.

El cuarto elemento es la transición a la toma de control por parte de la nación donde se ha efectuado la intervención. Con ello se reconoce que cualquier actuación internacional en una crisis debe incluir la devolución de la autoridad a dirigentes del país. La Comisión considera que la “responsabilidad primaria de evitar la reaparición de la violencia, una vez que se haya logrado la paz, corresponde al pueblo y a sus líderes legítimos”. Los hechos han puesto de manifiesto la dificultad para determinar la “legitimidad” de los dirigentes como queda demostrado en las sucesivas elecciones en Bosnia y el rechazo, por los representantes de la comunidad internacional, de algunos de los líderes elegidos. También se admite

la imposibilidad de mantener indefinidamente en el escenario de la crisis la presencia de fuerzas de otros países, pero no se fijan los criterios para acabar con esta "indefinición", ya que la prolongación en el tiempo "sine die" de las fuerzas de paz, en el escenario del conflicto, supone la admisión del fracaso de la "prevención".

Algunas de las pautas de este modelo de prevención y resolución de conflictos han sido utilizadas en recientes conflictos como Bosnia o Kosovo y sus resultados no pueden considerarse decisivos. Para estas dos situaciones, la opinión más generalizada es que, en el mejor de los casos, sólo a largo plazo, la situación de conflicto podrá evolucionar a otra de ausencia de confrontación. También se ha puesto de manifiesto que el modelo es sólo aplicable en aquellas zonas donde la "injerencia" es posible en términos estratégicos y siempre sobre estados aislados. Así, la probabilidad de aplicar el modelo a situaciones, por ejemplo, como la de Chechenia, hay que convenir que es más bien baja.

Una de las críticas más provocativas a postulados como los expuestos por la Comisión Carnegie es la formulada por Edward Luttwak (11) que, desde una perspectiva que podía definirse como ultrarrealista, admite la guerra como, lo que siempre se ha percibido que era, un medio de solución de conflictos, siempre y cuando se permita que llegue a su fin y que, consecuentemente, se declare un vencedor o los adversarios queden exhaustos.

Señala Luttwak que durante la Guerra Fría era justificable que las grandes potencias interviniesen para detener, o controlar, los conflictos entre pequeñas potencias para evitar que la situación pudiese escapar al control y, de esta forma, poder escalar a una confrontación entre bloques. La situación después de la Guerra Fría es muy diferente y "los ceses al fuego y armisticios son impuestos a las pequeñas potencias de manera multilateral, no para evitar un enfrentamiento entre bloques, sino, esencialmente, por motivos desinteresados y frívolos, tales como el impacto en la opinión pública de las imágenes de guerra en la televisión". De esta forma, alude al denominado "efecto CNN" como uno de los detonantes que ha provocado intervenciones como las de Estados Unidos en Somalia o los bombardeos de la OTAN en Bosnia.

(11) LUTTWAK, EDWARD. "Give War a Chance". (Foreign Affairs. Summer 1999).

A continuación califica a las acciones de ayuda humanitaria en la guerra como “las más desinteresadas y las más destructivas”, porque posibilitan la prolongación de la situación de conflicto indefinidamente, poniendo como ejemplo paradigmático la actuación de las Naciones Unidas al final de la guerra árabe-israelí de 1948, que con el establecimiento y sostenimiento de campos de refugiados, nutrió, durante décadas, una “nación de refugiados” que se convirtió en un vivero permanente de combatientes palestinos, no porque los mantuviese materialmente, sino porque posibilitaba la pervivencia del resentimiento y del odio. Como contrapunto a esta situación, expone Luttwak lo que sucedió en Europa al final de la Segunda Guerra Mundial. Las espartanas condiciones de los campos de desplazados sirvieron como un incentivo para su abandono y para el inicio de la búsqueda de mejores condiciones de vida, circunstancias que “ayudaron a la dispersión de grupos revanchistas” y a la superación de las heridas producidas por el conflicto.

Luttwak también contradice a la Comisión Carnegie en cuanto a los actores del proceso. Considera que “la proliferación competitiva” de ONGs tampoco colabora a la solución del conflicto. Partiendo del hecho que la actividad de las ONGs, como cualquier otra institución, tiende a su propia pervivencia, identifica como su primera prioridad la consecución de donativos, o subvenciones, mediante el desarrollo de sus actividades en situaciones prolongadas de “alta visibilidad” informativa, como son los campos de refugiados en las regiones menos desarrolladas del globo. Por pequeña que sea la ayuda que presten, mejoran las condiciones normales de vida de muchos de los refugiados, manteniendo unidas a las facciones en lucha. Se sirve de ejemplos como el de Rwanda para ilustrar su teoría. Luttwak cree que la intervención humanitaria ha empeorado las posibilidades de una solución estable al problema, al propiciar el mantenimiento de la nación Hutu.

Llevando su teoría a otras situaciones, predice que la intervención internacional en los Balcanes tendrá como efecto la perpetuación del resentimiento entre los pueblos de la zona y se estará muy lejos de crear las condiciones para una paz estable. Como resumen de su tesis, cree el estratega americano que “las elites políticas deben resistir el impulso emocional de intervenir en “las guerras de otros”, no por indiferencia al sufrimiento humano, sino porque deben buscarse soluciones que faciliten la llegada de la paz”. La visión de Luttwak es provocativa y parece como si su finalidad, apoyada en los hechos, fuese la de denunciar la gran carga de voluntarismo de soluciones como las propugnadas por la Comisión Carnegie.

LA CLASE DE GUERRA QUE VIENE

La historia demuestra que los grandes cambios sociales han influido decisivamente en la forma social de relación en forma de enfrentamiento violento conocida como guerra. La transición en curso, desde la sociedad consecuencia de la revolución industrial a la que resultará de la revolución de la información, nos anuncia otro cambio en los modos de hacer la guerra cuyo alcance intentamos inferir.

Lind, Schmitt y Wilson (12), aventuraron una visión prospectiva de cómo podrá evolucionar el arte bélico hacia un estado que denominan la “cuarta generación de la guerra”. Identifican las tres generaciones anteriores como aquellas basadas, respectivamente, en el empleo masivo de hombres, del fuego y de la maniobra. En la actualidad se estaría entrando en la cuarta época que, a pesar de los enormes avances tecnológicos, se basará fundamentalmente en la fuerza de las ideas. Se concretaría en un complejo enfrentamiento que abarcaría todos los aspectos de la actividad humana: política, cultural, social, económica y militar, empleando profusamente los medios de comunicación social y las redes informáticas para difundir sus mensajes.

Cuenta Kaplan (13) que cuando preguntó en el Pentágono que como sería la guerra en el siglo XXI, la respuesta más frecuente que recibió fue “lea a Van Creveld”. A principio de los noventa, este profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, en su obra “La Transformación de la Guerra” (14), anunciaba importantes cambios en los motivos por los que se hace la guerra, los actores que participan en ella, la finalidad que persigue y los modos que se emplean. Parte del hecho que el paradigma que ha presidido la guerra moderna, en la que estados-naciones se ven abocados al conflicto bélico por razones de estado, empleando organizaciones militares permanentes para enfrentarse a otras parecidas, donde sus componentes adquieren el status de combatientes, con las poblaciones apoyándoles, pero separadas de ellos, en definitiva, lo que se conoce como la “trinidad clausewitziana” de pueblo, ejercito y gobierno, ha sido, históricamente, una excepción.

Recuerda que a lo largo de los tiempos, la guerra ha sido practicada por familias, clanes, tribus, ciudades, órdenes religiosas e incluso por

(12) LIND y otros. Obra citada anteriormente en (2).

(13) KAPLAN, ROBERT D. Obra citada anteriormente en (6).

(14) VAN CREVELD, MARTIN. Obra citada anteriormente en (1).

empresas, como la Compañía Británica Oriental de la India. Los motivos por los que se iba a la guerra también han sido diversos: tierras de cultivo, mujeres, botín, esclavos, puridad de la raza y un largo etcétera. Normalmente se había venido empleando la población, en forma de milicia, como el instrumento para hacer la guerra. La razón de estado como causa de guerra y las grandes burocracias militares como medio para llevarla a cabo, son rasgos de la modernidad que se han desarrollado parejos con el auge del estado.

Van Creveld une el declive histórico del estado con el cambio de la guerra y augura que la posmodernidad tendrá rasgos muy parecidos a lo existente antes del advenimiento de la modernidad, una vuelta al enfrentamiento fuera de la trinidad, pues es con esa forma de guerra con la que, actualmente, se obtienen resultados positivos. En contra de lo sostenido por una fuerte corriente de opinión que considera que episodios bélicos como los del Golfo o Serbia (Kosovo) abren una nueva forma de guerra basada en el imperio de la tecnología, Van Creveld considera estos acontecimientos como meros anacronismos, pues con el empleo de la fuerza militar no se obtuvieron resultados decisivos. Otra cosa muy distinta es como se han desarrollado los conflictos en Vietnam, Somalia, los Balcanes, incluido el de Kosovo o la "entifada" palestina, donde una de las partes en conflicto sí alcanzó sus objetivos políticos. En la opinión de estos autores, estas situaciones recrean la semblanza de cómo puede ser la forma del conflicto del futuro.

Desde otro punto de vista, John Arquilla y David Ronfeldt (15) aportan una visión fundamentada en que la Revolución de la Información afectará a la forma en como las sociedades llevarán a cabo el conflicto y como sus aparatos militares harán la guerra. Distinguen entre lo que denominan "net-war", una forma total de conflicto entre sociedades en el ámbito de las "ideas", que tendrá lugar, en parte, mediante el intercambio de mensajes por procedimientos informáticos, cuyo blanco es la opinión pública, y la "ciberguerra" que será la forma de actuación en el plano militar.

Aunque su concepción de la guerra es futurista, lo que denominan ciberguerra, que dominaría la parte alta y media del conflicto, es algo muy parecido a lo que Lind identifica como "tercera generación", pero con un

(15) ARQUILLA, JOHN y RONFELDT, DAVID. "Cyberwar is Coming". (Comparative Strategy Noviembre 93).

considerable aumento en la letalidad de las acciones como consecuencia de los avances tecnológicos tanto en la capacidad de detección, la precisión en el ataque y el poder de destrucción. Esta visión se identifica con lo que, desde ciertos estamentos del Pentágono, se denomina *Revolution in Military Affairs* (RMA) que es, en esencia, la búsqueda de la victoria mediante la consecución de la superioridad tecnológica en el campo de batalla. Tendencia que coincide con la “tercera ola” preconizada por Alvin y Heidi Toffler (16), al reconocer que en el siglo XXI, el mundo occidental practicará un estilo de guerra basado en la alta tecnología, a lo que culturalmente ha sido proclive desde el Renacimiento, aunque reconocen la amenaza que suponen las acciones de baja intensidad y la dificultad para hacerles frente.

Lo que puede considerarse verdaderamente innovativo de la teoría de Arquilla y Ronfeldt es su concepción de lo que denominan “netwar”. Es la parte del conflicto a alto nivel entre sociedades, basado en la información, que tiene como finalidad alterar, dañar o modificar los valores y la visión del mundo de la población contra la que se actúa. La “netwar” puede fijar como blanco tanto una sociedad en su conjunto, como su clase dirigente o a ambas. Se emplean toda clase de medios para llevar el mensaje a la audiencia blanco, tales como campañas de propaganda, subversión política y cultural, infiltración en redes informáticas y bases de datos y esfuerzos para promover movimientos disidentes, entre otros.

Puede resumirse que la visión más compartida del conflicto del futuro, es que será consecuencia del desarrollo de la evolución social, política y económica. La voluntad de los que toman las decisiones en el nivel político, seguirá siendo el principal objetivo estratégico de las acciones de las partes en conflicto, la gran novedad es que ese efecto no se conseguirá, como hasta ahora, únicamente mediante la superioridad en el campo de batalla. La preponderancia en el empleo de los medios de difusión de la información con el fin de hacer llegar los mensajes a los dirigentes adversarios, será decisiva para obtener la finalidad.

En el plano táctico es muy probable que nos encontremos con un ambiente dominado por acciones de baja intensidad junto con rasgos de guerra convencional, enmarcadas en un ambiente de gran intensidad en el empleo de los medios de prensa que provoque la atracción de la aten-

(16) TOFFLER, ALVIN y HEIDI. *War and Antiwar* (Little Brown and Co. 1993).

ción general, implicando los ámbitos político, económico, social y militar, con una mezcla de actores estatales, internacionales, transnacionales y subnacionales.

A MODO DE RESUMEN

En un mundo donde las comunicaciones permitirán una interacción constante entre sus habitantes, las circunstancias que con más probabilidad incidirán en la configuración de futuros conflictos habrá que buscarlas en tensiones demográficas, problemas medioambientales y en la escasez de recursos básicos, estos factores podrán servir de fermento para constituir el vehículo de confrontación en forma de antagonismos étnicos o interculturales, guerras civiles o actos de violencia a cargo de organizaciones criminales, a medida que el estado vaya perdiendo los contornos que lo caracterizaron durante la mayor parte del siglo XX.

Según Popper “el curso de la historia humana está fuertemente influido por el crecimiento de los conocimientos humanos” (17). Lo que nos reserve el futuro es incierto y esa incertidumbre vendrá acrecentada por el vertiginoso desarrollo de los conocimientos científicos que tendrá una influencia decisiva en los cambios políticos, económicos y sociales que afectarán a la sociedad mundial y constituirán el germen de cualquier conflicto del futuro. El hombre, lo que haga con su libertad, estará en la base de lo que sea el mundo del siglo XXI. Los grandes males que han sido el azote del siglo XX fueron producto del comportamiento humano, del reto al orden ético mediante la implantación del relativismo moral y de la soberbia del conocimiento.

Han existido momentos en la historia cuando se ha vivido un clima de gran optimismo en el futuro. De un somero estudio de los acontecimientos se puede apuntar dos de las principales causas de lo efímero del optimismo de la primera década del siglo XX: el desconocimiento de donde residía el poder y en la impredecibilidad e incontrolabilidad de los asuntos políticos y económicos. Más tarde, en la época de optimismo tecnológico de los años 30 un expatriado austríaco, que luego llegó a ser Führer del III Reich, previno: “a las multitudes que ahora predicán que estamos entrando en una época de paz, sólo puedo decir: mis queridos com-

(17) POPPER, KARL R. “*La miseria del Historicismo*” (Alianza Taurus 1961).

pañeros, habéis mal interpretado el horóscopo de la época, no señala paz, sino guerra como nunca antes tuvo lugar” (18). La humanidad no debe volver a caer en errores semejantes.

(18) KNOX, MACGREGOR. *“What History Can Tell Us About the New Strategic Enviroment* (Mershon american Defense Annual 1995-96. Williamson Murray Washington, DC. Brassey,s 1996).